

# Batista explicó ante el Regimiento 5 las causas del golpe de marzo 10

## Fué con motivo del almuerzo que la oficialidad y clases del mismo le ofrecieron en su honor

Al terminar el gran almuerzo que la Jefatura del Regimiento 5, "Martí" ofreció al Presidente de la República, el general Fulgencio Batista, pronunció el siguiente discurso:

Dijo así el Jefe del Estado:

"Compañeros y amigos; al Regimiento Martí; a los muchachos y a los viejos; a los reclutas o neófitos y a los veteranos, como decía nuestro camarada de los años idos, el doctor Echemendía... (Aplausos); a este hombre nervio que es Dámaso Sogo... (Aplausos); evocador constante de saludables y profundas anécdotas de la última etapa de nuestra revolución ascendente y progresista... a todos los hombres de este mando, vengo con mis palabras, sencillas y cálidas de siempre, y con mi presencia, a repetir mi solidaridad y mi identificación con los anhelos del hombre del cuartel, y con las familias que de él dependen, por vía del hecho que aspira de nuevo a crear un ambiente de paz, de esperanza y de fe en los ámbitos del país y en los destinos de los cubanos... (Aplausos).

"Esta presencia y esta palabra que se materializará enseguida después del 10 de marzo, en cada uno de nuestros sectores de las Fuerzas Armadas, pero el deber, la obligación y la tarea inminentes, impidieron que este deseo se realizara hasta hoy.

"Oía la melódica y cadenciosa canción con que nos ha regalado nuestro popular trío Servando Díaz, refiriéndose al madrugón. Esa letra y esa música, que ya se ha hecho popular en Cuba, lleva al que escucha con atención, el momento aquel en que ya se decía temprano por la mañana, en calles y hogares: "El hombre está en Columbia". Pero no se pudo recoger, por inconcebibles y por estumados, aquellos días azarosos, duros y crueles que Cuba vivió y que llevó a nuestra mente, a nuestro corazón y a nuestra voluntad, a decirnos trascendental y responsablemente, con un grupo de hombres encabezados por mí, por el gran gesto que evitara a Cuba días terribles de sangre, de dolores y de anarquía... (Aplausos)... para evitar al pueblo su orfandad, a Cuba su abandono, a la autoridad su quiebra y al Ejército, a la Marina y a la Policía, la humillación, al verse obligados a actuar contra tanta mendacidad, contra tanta traición, contra tanta apostasía, contra tanto escándalo, contra tanto vicio y tanto crimen propiciados por un Gobierno en nombre de una Constitución que violaba y en nombre de un pueblo que escarnecía y al amparo de una legalidad que pisoteaban.

### Importaba Cuba

"Era para nosotros difícil la situación. No importaba la vida, ni el riesgo ni el peligro. Importaba Cuba; lo demás importaba poco. Y así lo comprendieron los hombres que semana tras semana nos reuníamos por la madrugada en rincones de la ciudad o en mi propio domicilio, a considerar lo que debíamos hacer por Cuba, por el pueblo y por las Fuerzas Armadas (Aplausos).

"Las cosas pasan. La historia las arroja fríamente a las páginas que a posteriori sirven para enseñanza, ejemplo y guía de las generaciones; pero nunca podrán penetrar con la emoción, la calentura, por decirlo así, del sentimiento vivo y la excitación mental del momento.

"El hombre está en Columbia", decían en horas de la mañana y se repetían en cada hogar los cubanos. Y parecía como obra milagrosa. Poco, insignificante, subalterno, era él solo, si no hubiera contado con la seguridad, la lealtad, el valor y la decisión de los hombres que le acompañaron.

"Poco tuve que hacer para penetrar en Columbia, Columbia, la Ciudad Militar, mi creación y la sede de mi vida pública, artillada, armada y preparada para defenderse, abrió sus puertas, para recibir el mensaje de la revolución, por el adecentamiento de las costumbres públicas, por la honradez administrativa y por la seguridad ciudadana.

"Que lo intenten otros si pueden; que usen, si quieren, los mismos argumentos; que pronuncien las mismas palabras. Nunca podrán hacerlo, nunca podrán pronunciarlas, nunca podrán penetrar como nosotros lo hicimos; porque más que a los cuarteles hay que penetrar en el corazón de los soldados, que son hombres también (Aplausos).

### Recuerdos del hecho

"Ya habíamos juntado los grupos, los grupos que el Viejo Pancho tenía como líderes en el sector de la artillería; el Viejo Pepe, en la Marina, en la institución que fue, que es, parte de su propia vida; y el gordo Saías, el muchacho que parecía impetuoso, en la interpretación de sus deberes en el Cuerpo de la Policía. Otro que sin haber vestido nunca uniforme, ni usado hoy, se movía valientemente en favor de la causa, con la misma intensidad que la sentíamos nosotros, afrontando peligros en los contactos que establecía, no descansaba en la riesgosa tarea, abanderándose con mi nombre y mis ideas. Ese hombre es Colacho. Colacho, que fatigaba con su automóvil las calles y rincones menos propicios. Arias, Hermida, Díaz Tamayo, Guerra, Ríos Chaviano, Cowley, Valdivia, Pérez Coujil y tantos que aquí, allá, dentro y fuera, daban calor al patriótico movimiento.

"Los hombres seguían reuniéndose: García Tuñón, Sogo, Sánchez González, Campa, Miranda, Larrubia, Cruz Vidal, Alberto García, Caridad Hernández, hermanos Chirino, Besada, Dufías, Salas, Rojas, Rodríguez Avila, Ugalde Carrillo, Leonard, Barrera, Echemendía, Pérez Díaz, Robaina, Cantillo, Catusús, Corvo, Matamoros... y para que seguir contando: un puñado de hombres que no era otra cosa que ustedes mismos en masa, avanzando para ganar esta página gloriosa para Cuba. (Aplausos).

### La última reunión

"La última reunión en que debían unificarse los planes y asignarse la función a cada cual, con las manos extendidas, se juró como sobre el cielo de Cuba cubierto por nuestra bandera.

"Dos noches antes del movimiento se anunció mi muerte. Los asesinos a sueldo se habían reunido en la vieja Pepe Antonio. Alguien se me acercó y me dijo: "No debemos comprometer el movimiento. Usted no debe ir a Guanabacoa". Mi respuesta fue: "mi cita con el pueblo en Guanabacoa garantiza el triunfo. Mi ausencia trascendería en tal forma que los hombres no se sentirían satisfechos de seguirme. Y no sólo los hombres los soldados, los policías, los marineros que estaban allí, velando por mi propia vida como por la propia causa, sino las mujeres, nuestras mujeres, iban decididas a pelear hasta con tijeras, si algo sucedía.

"Yo dije antes de salir: "No confío en mi valor, que no puedo autoestimar, ni en la custodia de los nuestros, con ser tan apreciable, sino en que los asesinos a sueldo que han matado por la espalda a hombres dignos e indefensos, no sean capaces de tirarme de frente..." (Aplausos).

"Cuando aquella noche terminé el mitin y regresaba hacia La Habana encontré más perseguidoras de las que yo hubiera querido que allí estuvieran. Llamé al teniente Salas y le dije: "Has hecho mal, por que esto denuncia o que estamos de acuerdo o que no confiamos en nuestra gente". El contestó: "Si esta-

mos a 48 horas del movimiento, cómo vamos a permitir que su vida se ponga en riesgo?".

"La indisciplina fue aceptada, pero el deber se cumplió. El 9 de marzo estaba camino a Matanzas preocupado, no por lo que iba a suceder, sino por lo que motivaba la revolución que, esa noche, al amanecer del 10, estallaría.

"Acá estaban en Columbia, de Oficial de Día, el capitán Sogo, y en La Cabaña, mi pobre y querido violonista, Ramos Avila, el viejo ayudante presidencial de mi época anterior. El teniente Márquez, un joven médico que abrazó la causa como si fuera soldado, era el contacto insospechado para el santo y seña.

### La hora cero

"Todos estaban en sus puestos. El viejo Pancho, a quien yo no quería comprometer demasiado, por su edad, por el cariño que le tengo y por el amor que los soldados le tienen, estaba encargado de recibir instrucciones cerca de La Cabaña; pero "Ha dicho usted, me dijo esa noche, que entraremos a la hora Cero y yo entraré a la misma hora que usted y nuestro compañeros estén entrando a los distintos mandos". La hora Cero significaba la entrada simultánea de Rodríguez Calderón con sus hombres, Arias, Concepción, Casanova, Varela, Cartaya, en la Marina; Salas con sus entusiastas azules y sus perseguidoras, esperaba a la sombra fría de los árboles de medianoche, Colacho con los hombres que le servían de contacto, Cantillo, Catusús, Corvo Matamoros, en La Habana. Y todos a la vez, a la misma hora, a las 2 y 40, entraríamos sin discusión. Robaina, mi capitán ayudante, conducía el automóvil que me llevaba con mis ayudantes inmediatos, Roberto Fernández y Silito Tabernilla, a quien regañé quizás con gesto airado indisculpable en mí, porque en vez de entregarme el jacket que le había dado para entrar disfrazado en Columbia, me extendió en la oscuridad un pantalón. Por haberme demorado en el camino hacia Columbia, evadiendo la perseguidora del teniente Negret que se había extraviado, después vilmente asesinado frente a Palacio por la horda cobarde del Presidente Prio, entramos en la Posta 4 con minuto y medio de atraso. A lo lejos el capitán García Tuñón se bajó de su carro resueltamente con su pistola en la mano, seguido de otros compañeros. Por demora nuestra, el Oficial de Día estaba a distancia y la caravana nuestra avanzaba mientras corría hacia nosotros la figura nerviosa y simpática del capitán Sogo, corriendo en la penumbra con su casco oscuro en la cabeza y una pistola en la mano gritaba llenando con resonancia de triunfo el campamento. Lleno de mi admiración le pregunté a Robaina: y ese hombre, ¿quién es? Es Sogo, me contestó. Ya no paró un momento, no se detuvo un instante y no titubeó nunca, era Dámaso Sogo, el capitán de entonces, el coronel de hoy, el compañero y jefe que ustedes homenajean.

"Y la noche de pleniturnio iluminaba el fastuoso cuadro: cada hojita de yerba, cada movimiento, cada rama de árbol se podía observar sin dificultad. Era dentro de la gravedad del instante un espectáculo bello.

### Movimiento sincronizado

"El movimiento fue sincronizado. Todos actuaron de acuerdo con el plan y acataron indefectiblemente mi orden. El resto, ustedes lo saben. Entra en Columbia fue fácil. Con esa difícil facilidad que hace lucir imposible las soluciones hasta que no se logra. Habíamos revivido la gran causa que convirtió al soldado cosa en soldado hombre! (Aplausos).

"La patria sufría. Quise que no hubiera sangre, y no hubo sangre; quise que no hubiera perseguidos, y no hubo perseguidos. Pero muchos interesados quieren cambiar el destino, ese destino que no pueden torcer sino aquellos que cumplen con honradez una misión, con renunciamento un deber. Son pocos, para honor nuestro, los que cuentan con lo que nosotros contamos: con la comprensión de un pueblo que aplaudió el gesto, con la identificación de las Fuerzas Armadas que abrazó la causa.

### Sobre el Plan Trienal

"Ahora nuestro plan continuará; nuestro propósito irá adelante. Pero mi recuerdo vuela hacia aquellos días que precedieron a la Asamblea Constituyente, cuando yo quise con el apoyo del Gobierno y con el calor del pueblo, empezar a ejecutar el Plan Trienal, un Plan Trienal que resolvería nuestros problemas económicos, higiénico, social y educativo a nuestros niños, que se ocuparía de nuestras mujeres, de nuestros campesinos, de los trabajadores y de los viejos. Es decir, que diera a Cuba paz, trabajo y progreso. Pero los que querían llegar al poder de todos modos se opusieron. Decían que yo quería perpetuarme. Fue un tema dedicado a impresionar a la opinión, ustedes conocen los resultados. Ahora se intenta lo mismo, pero saben ustedes que la cuestión será diferente. Ellos destruyeron nuestra moral, hicieron trizas las bases morales y políticas de la nación y se burlaron del pueblo con escándalo y escarnio.

"Dos noches anteriores al 10 de marzo, comunicaba mi resolución a dos amigos, para que recogieran mis últimas palabras y comunicaran desde afuera lo que desde dentro de Columbia no podría yo decir si triunfaba. Uno me dijo: "General, ¿está usted seguro. No corre peligro su vida. No corre usted ningún riesgo? Y yo le contesté: "No he querido que mi mujer lo sepa, porque no quiero que sus lágrimas de amor me ablanden ni que las tiernas manecitas de mis hijos pongan dudas en mi corazón en esta decisión por Cuba y por el pueblo, y ahora vas tú —le dije a Rivero Agüero— vas tu a meterme miedo o hacerme titubear en el momento preciso? Yo estoy decidido, y para triunfar en una revolución siempre cuentan los imponderables, los imprevistos y los obstáculos materiales. Y a otra cosa, amigo mío, le dije: "Es usted uno de mis hombres y cumplirá las instrucciones que yo le doy, junto al viejo don Justo Luis del Pozo". Rivero me contestó: "Considerame muerto, porque también yo quiero morir, si usted muere".

Carrera Justiz, Oscar de la Torre, Botet y otros esperaban instrucciones, pero yo no se las di, porque debo decir que muy pocos hombres utilizamos esa noche; aún cuando había muchos comprometidos. A ellos y a esos muchachos de la escuadra, a Sierra, a Bravo, a Piedra, a Fonticoba, a Señán, a Pérez, a Montalvo, a Sadule, a Valdes, que me acompañaron en la peligrosa misión, a tantos humildes, a tantos modestos, a tantos subalternos míos, a quienes yo entregara mi seguridad personal y la integridad de mi vida, a todos ellos que se jugaron la vida, van estas palabras de reconocimientos y de gratitud, como las hago constar para todos los miembros de las fuerzas armadas, a ustedes y a los ausentes, que hicieron posible lo que otros creyeron difícil.

Y a los que creen que yo pueda echar atrás en estos momentos en que Cuba no tiene otro horizonte, no se le ve otro porvenir, yo contestaré siempre con serenidad, pero con firmeza: no valdrán las amenazas, no valdrán los atentados, no valdrán las agitaciones, porque frente a las ame-

nazas, a los atentados y a las agitaciones, contestamos siempre sin arrogancia, con sencillez, con humildad, si quieren, que estamos cumpliendo con nuestro deber, y lo cumpliremos llevando a Cuba la normalidad, realizando obras constructivas, administrando honradamente, erradicando el vicio, el saqueo, el contrabando y el crimen. ¡Salud! ¡Salud!